

OPINIÓN

ANTONIO PEREIRA

Bienvenido a León, Ramiro Pinilla

Cuando nos ponemos a escribir de un amigo (que, además, es rigurosamente coetáneo), el primer impulso nos viene del archivo mágico de los recuerdos. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde el 1968 hasta este 2008, ya en un nuevo siglo?

Van cuarenta años. Era un septiembre hermoso en San Sebastián, con los mimos postreros del verano en una de las ciudades más bellas del mundo. A las «fuerzas vivas» se les había ocurrido montar todo un congreso de escritores, y allá fuimos un centenar largo desde toda España, sin que faltasen muy sonoros nombres que brillaban por entonces.

Nos trataron a cuerpo de rey y había que «justificar», con que no faltaron debates, comunicaciones y ponencias.

Me acuso de que acaso no retuve mayores frutos de aquellas doctrinas. Pero lo que no olvido es que en tales días, al calor de las inclinaciones electivas, hice alguna relación de amistad memorable. De inmediato, la de un escritor de aire modesto, pero no tímido, que figuraba en la lista con el número 19 y había sido alojado en el Hotel Internacional. Se llamaba Ramiro Pinilla García. Hablamos de lo humano y lo divino - de lo humano, más- y una amistad sin ceremonias quedó sellada para siempre.

Ramiro Pinilla estará y hablará en León, y en este breve texto de urgencia necesito decirle algo que él entenderá en seguida. La agenda se ha convertido en un objeto indispensable para cualquiera que se encuentre en la vida activa sin que necesariamente se trate de un personaje. Elemento indispensable; digo, pero también antipático y malévolo, cuando por culpa de las coincidencias, nos priva de un pedazo de felicidad.

El jueves 21 de febrero yo quisiera estar en León, asistir a la presentación del libro de Ramiro, que ha salido de la imprenta bajo el signo, editorial de Tusquets, y después, que su popularidad y su fama no me impidieran convidarlo a nuestras calles y a nuestros vinos para renovar viejos recuerdos y aquellas promesas de fraternidad.

Pero la agenda -he dicho que puede ser malévola - ha querido que en esa fecha exacta me encuentre lejos del solar de mis días. Queda, al menos, esta constancia: ¡Bienvenido a León, Ramiro Pinilla!